

## CONFERENCIA V

1586-1620: Gobierno de Vera y Aragón Hernando Arias de Saavedra. Conquista espiritual. Reforma de 1611. Gobernación del Río de la Plata.

SEÑORES:

Sobre las cenizas palpitantes del ilustre general Garay juraron los indios, embravecidos al sentirse libres de su brazo poderoso, la confederación de Guayazabó. Los matadores del noble caudillo difundieron el grito de triunfo por el litoral argentino; y en breves días los emisarios de infinitas tribus, se congregaban en la tierra teñida con su sangre, para celebrar uno de aquellos tumultuosos congresos, en que decidían las guerras y la paz.—Buenos Aires fué designado como blanco de su primera irrupción, y cuando á las órdenes de Guayazabó se aprestaban á ponerla por obra, prevenidas las autoridades coloniales, consiguieron reprimirlas con sangrientas victorias.



La explosión de los indios no fué el único resultado funesto de aquella muerte, harto lamentable por sí, toda vez que privaba al Río de la Plata del soldado valeroso y del colonizador prudente, cuya gloria brillaba en nuestras orgullosas tradiciones nacionales.

Su brazo á la vez que contuvo la resistencia de los indios, supo reprimir también la anarquía española.

Guayazabó reavivó la primera, y los colonos del Paraguay la segunda, apenas se perdió en la muerte la noble figura del fundador de Buenos Aires.

Hacia 1586 se recibió del obispado del Paraguay, fray Alonso Guerra, religioso de Santo Domingo, cuya virtud no pudo escudarlo contra los motines escandalosos de la Asunción. Yo creo que puede no haber sido extraño á los tumultos de esta época, el aspecto que comenzaban á tomar las ideas de la colonización en el elemento más ilustrado y menos pervertido de la conquista.

Si bien es cierto que las complicadas relaciones de la Iglesia y el Estado producían con lamentable frecuencia por entonces, choques de jurisdicción y profundas excisiones sociales, en el caso del obispo Guerra, no encuentro visible rastro alguno, que indique con claridad una causa análoga como su motivo ó su pretexto; y, teniendo en cuenta que él favoreció la entrada en el Paraguay de los jesuitas, que traían humanos programas de conquistas pacíficas y re-

ormas civilizadoras y cristianas, es verosímil suponer que el partido renitente, y aferrado por interés propio á las reformas pervertidas de la encomienda, se sublevara contra sus tendencias, peligrosas sin duda á consecuencia del alto prestigio de que disfrutaba el clero, única clase social en comunicación directa con el pueblo y que contaba con recursos eficaces de propaganda. El obispo sucumbió bajo la persecución, y emigrado á Buenos Aires, vivió en esta ciudad sufriendo las privaciones de la pobreza más absoluta, hasta que, promovido á la silla episcopal de Mechoacán, partió para Méjico, donde murió.

Estos disturbios, obrando en una población predispuesta siempre á la bulliciosa anarquía, agitaban la capital, y la escandalizaron con las más torpes violencias. Sin embargo, su actual teniente, don Alonso de Vera, se afanaba por no dejar estacionaria la empresa de sus compatriotas, y hacia 1585 realizó una penosa expedición al Chaco, durante la cual fundó la villa de la Concepción sobre las márgenes del Bermejo, constantemente hostilizada por los indios desde entonces hasta 1632, en que se despobló por la emigración de sus vecinos, que no podían prolongar la guerra perseverante que sostuvieron durante cerca de cincuenta años con increíble coraje.

Las correrías del pirata inglés Candish por el Río de la Plata y los mares sud americanos, contribuyeron á conservar la inquietud y los temo-



res en estas provincias, condenadas al parecer, á no disfrutar un solo día de paz.

Bajo tales auspicios se inició en el gobierno ejercido hasta 1587, por medio de sus tenientes, el adelantado Juan Torres de Vera y Aragón.— Su feliz estreno en la administración fué la fundación de Corrientes en aquel mismo año. Entre Santa Fe y las poblaciones paraguayas mediaba por ambas costas del Paraná y Paraguay una zona inmensa de territorio, seguro albergue para los indios, en la cual no contaba la conquista con ningún centro de acción. Para aliviar este gravísimo tropiezo, fundó Alonso de Vera la Concepción en la margen derecha del río Paraguay. El adelantado dirigió sus conatos hacia la banda opuesta, deseoso de dominar el territorio encerrado entre el Paraná y el Uruguay. Con este objeto le envió á la fundación de San Juan de Vera de las Siete Corrientes, cerca de la confluencia del Paraná y del Paraguay. Estas fundaciones revestían un carácter sistemático, que no tuvieron las primitivas, á causa de la impericia de los conquistadores, y del mal espíritu que los animaba. Para juzgar de sus procedimientos en el Río de la Plata, no debe perderse de vista esta consideración: que así que se desengañaron de las ambiciosas ilusiones, que el nombre del *rey blanco* nutría en su alma, se sintieron desarraigados y como de paso en el litoral: abrirse camino á las minas de Perú fué su único propósito persistente, neutralizado sólo por la enérgica in-

fluencia de los que á la manera de Irala y de Garay ponían sus miras aún de vanidad personal, en objetos de más fecunda realidad, si bien de menores satisfacciones inmediatas.— Cuando por la fuerza de los acontecimientos y del tiempo, el poder español comenzó á cimentarse, y á enlazarse con el desarrollo social, espontáneamente provocado, su política entró en caminos más serios.— Por no haberlos seguido desde el principio, y haberse entregado al inestable imperio de la casualidad, vivió durante largos años en un balance de acciones y reacciones sobremanera ruinoso, cuya evidencia es aún más palpitante en la conquista de Tucumán, donde tantas ciudades perdió á causa de la pueril impetuosidad, con que deliberaba al distribuir la población civilizada, que debía mezclarse con profundo acierto á los elementos bárbaros del país, resolviendo á la vez otro aspecto de su problema: la estrategia de la conquista, cuya base era la elección de territorios para fundar ciudades, que fueran verdaderos campamentos, refugio y apoyo para el soldado.— Lejos de esto, su imprevisor empirismo arrojaba grupos de colonos, donde placía á cada aventurero, grupos borrados enseguida por el torrente del salvaje, que los ahogaba en el aislamiento y el abandono.

A fines del siglo, los gobiernos pensaban más seriamente, como lo revelan las fundaciones, que acabo de consignar, y principalmente la de San Juan de Vera, hace honor al criterio del adelan-



tado Aragón. Su sobrino Alonso, el tupí, fué encargado de ejecutar el proyecto. Entre tanto, había penetrado en las colonias el elemento, que estaba destinado á transformarlas poco más tarde.

El 11 de Agosto de 1588 llegaban á la Asunción tres sacerdotes, en cuyo continente se leía el espíritu de sacrificio, el suave resplandor de la fe y de la indulgencia, así como la ardiente fogosidad que estremecía su corazón de apóstol y fomentaba su sublime vocación de mártir.—Eran los jesuitas Manuel de Ortega, Juan Saloni y Tomás Fildé, fundadores de su orden en el Paraguay, cuya influencia y carácter histórico tendré el honor de exponer en una de mis conferencias más próximas <sup>(1)</sup>. Brillaba conjuntamente en la provincia el alma santa y admirable de Francisco Solano; y la inagotable perseverancia del venerable padre Luis de Bolaños, y sus heroicos compañeros defendían arrostrando valientemente la muerte y la persecución, la palabra creadora de la eterna verdad, encerrada, como cáliz de la esencia transformadora de la civilización y la conciencia, en las páginas paternales del Evangelio.—La obra de la propaganda cristiana introducía en el litoral, como pocos años antes en el interior, la primera encarnación fraternal, tolerante y luminosa, de la cultura, que el soldado se empeñaba por inocular con la

(1) Véase la nota de la página 261, y más adelante, el capítulo titulado: *Entrada de los jesuitas en el Río de la Plata.*

espada, manejada á ciegas por su brazo vigoroso. Era el primer consuelo destilado sobre las heridas febricientes del indígena; el primer destello pacífico de fraternidad, arrojado en medio del turbión de las pasiones insensatas, que desgarraban la sociedad española. El extraordinario ascendiente que alcanzaron desde los primeros días de sus labores los misioneros cristianos, salvó á la capital del peligro inminente con que la amenazaba una conjuración de los guaraníes, que debió estallar el 15 de Agosto de 1589, durante las fiestas celebradas en honor de la Santísima Virgen en aquel día, y que destruyó San Francisco Solano con el persuasivo encanto de su prestigiosa palabra.—Estos síntomas favorables hacen resaltar con más feo colorido los excesos de la organización social, que nutrían odios implacables contra la civilización cristiana, contra los cuales no podían luchar de lleno la buena voluntad de unos cuantos sacerdotes débiles, y cuyo séquito no estaba entre los colonos, sino entre la raza infeliz, cuyas lágrimas secaban con su indulgente caridad. El adelantado Vera cayó moralmente rendido de la guerra, que necesitaba sostener para imprimir á su administración la marcha regular, de que jamás se separó, y renunciando su gobierno, lo abandonó en 1591.—Una elección conforme á la cédula del emperador, colocó en la silla del gobierno á Hernando Arias de Saavedra,—joven caballero natural de la capital del Río de la Plata, que disfrutaba de una fama, que tuvo la



suerte de poder cambiar en el curso de su vida, por otra sin duda más resplandeciente en la historia de la civilización argentina.—El carácter de Hernando Arias y la historia de su vida es una lección política y un espectáculo moral, tan elocuentes y de tan práctica aplicación, como pocas existencias pueden encerrarlos.—Durante los días de ardiente entusiasmo de la juventud, en esa edad en que todas las fuerzas del alma se reconcentran á servicio de las inspiraciones generosas, que vienen del corazón, Hernando Arias revela la fibra enérgica de una naturaleza escogida, pero es el hombre dominado por las pasiones de una época, que estallan fogosas en su alma, reavivadas por el velo misterioso, á cuyo través contempla con incierta vaguedad el teatro lejano de los paladines, embellecido con las armonías del romance.—El instinto caballeresco impera en su espíritu con la plenitud de su encanto y de su fuerza.—Tal es el genio que despliega en las guerras del litoral, sin retroceder ante ningun atractivo de la gloria. Los héroes de la reacción española contra sus conquistadores, se ciernen en su horizonte, y buscan su timbre y su renombre entre el ardor de los combates. Su sentimiento poético parece leer en el mundo indeterminado de las ambiciones la página palpitante de Homero, en que traba combate el divino guerrero con el formidable Ajacio delante de los muros sagrados de Troya,—y pone también á precio de su vida la causa que representaba, buscando

en combate singular la paz y la aureola de los soldados antiguos. Este hombre de la edad media, sólo superaba en punto á inclinaciones á sus contemporáneos en su sinceridad religiosa, y en el fondo de buena fe, que fué para su alma como la fuente de juventud, que la retempló transformándola sin cesar. Cuando entró por la primera vez al gobierno del Río de la Plata, se encontraba de lleno en la faz caballeresca de su existencia. Su influencia por entonces, no dejó surco en la política colonial, pero sí un recuerdo grato en la memoria del pueblo, que redujo á la concordia, esparciendo la justicia en sus visitas á la provincia, y acaso abriendo el camino á la producción de un hecho, que debemos recordar. Por 1597, después de las prudentes administraciones de Saavedra y de Velázquez, fué amenazado Buenos Aires por las armas inglesas. El naufragio de los corsarios en Santa Catalina anonadó la empresa antes que pusiera por obra sus criminales propósitos, pero señaló la premura con que, desde el sitio amagado hasta la última aldea del Tucumán, cruzó rápida la alarma, poniendo de pie la obscura colonia para rechazar la invasión, como el primer destello histórico del sentimiento de nacionalidad en un pueblo destinado á realizar posteriormente tantos prodigios en nombre de ese principio sacratísimo, que con el amor reconcentra la esperanza en la libertad y la justicia, y reside en la independencia de las naciones y en la soberanía de su honra. Los atractivos de los indios espar-



cidos por la fama en toda la Europa, y el monopolio comercial de la madre patria, cuyas restricciones coartaron el progreso de las colonias y atrajeron su propia decadencia, eran sin duda las fuerzas convergentes, que impelían al extranjero en sus amenazas contra la seguridad del Río de la Plata. Tampoco tuvieron los colonos, cuando poco después se renovó el amago, que verter sangre en defensa de su equívoca soberanía; pero consigno este acontecimiento, como un hecho de doble elocuencia en nuestra historia.

En esa oportunidad se comenzó á levantar el fuerte de Buenos Aires, que fué después residencia de los virreyes del Río de la Plata, monumento arqueológico de una época material y moralmente pasada, que ha dejado su sitio á una aduana, barrera de la civilización contemporánea contra las libres relaciones del hombre, que otra edad derribará sin duda, en la efervescente oleada de los tiempos y de las ideas, que transforma el espíritu, las costumbres y la fisonomía de las naciones.

Después de este período transcurrieron cuatro años, durante los cuales ejerció el gobierno don Diego Valdez de la Banda. En 1602 volvió Hernando Arias á ocupar la magistratura. Señoreaba todavía su corazón el amor de las glorias militares. Una expedición á la Patagonia fué su primer hecho durante este segundo gobierno. Recorrió unas doscientas leguas al sud de Buenos Aires, venciendo obstáculos, que hoy

no es fácil apreciar, y derrotado en un combate por los indios, cayó prisionero con gran parte de su ejército. La ignominia de caer bajo el yugo del enemigo bárbaro para devorar en un cautiverio horrible la tremenda amargura de la esclavitud, soportar el despojo de todos los encantos personales de la civilización, y perecer en la soledad que deja tras sí el desvanecimiento de los sueños de gloria y de ambición que le sonreían, era una tempestad de lágrimas, que pocas almas habrían tenido el coraje de arrostrar. Saavedra la encaró animoso y la conjuró. Huyó del poder de los bárbaros y reclutó en Buenos Aires algunas tropas con las cuales volvió contra los indios, consiguiendo libertar á sus bravos compañeros. Sin darse reposo operó poco después contra los guaycurús en el Gran Chaco, y por fin, concibió el pensamiento de estrechar las colonias litorales, sujetando las numerosas tribus guaraníes, dueñas de la mesopotamia argentina. Dos expediciones organizó contra el Paraná y contra el Uruguay, en las cuales fué vencido sin que su derrota fuera estéril, sino al revés, de la más trascendental fecundidad, porque el honrado caudillo, aprendió en la escuela de la experiencia; y en los desastres del Uruguay dejó su dura corteza de paladín, para asumir el aspecto transformado del conquistador pacífico, torciendo el rumbo de la colonización bajo el influjo de la estrella civilizadora.—La violencia comenzaba á embotarse. La enseñanza práctica de la guerra robustecía las fuerzas de la resistencia,



ya desengañada del prestigio sobrenatural, con que el arte rodeaba al soldado español en la inocente imaginación de los indígenas.

Más de diez años hacía, que se desarrollaban en las regiones del Alto Paraná los portentos de la propaganda cristiana, filtrando con increíble rapidez y aquella fuerza de incremento de las predicaciones apostólicas, el espíritu cristiano, espíritu de mansedumbre, de civilización y de concordia, que abre el alma del salvaje á las aspiraciones de la sociabilidad, determinando la luz natural y dándole formas.—La sociedad antigua se disolvió en Europa arrollada por el torrente de la barbarie, y fué el cristianismo la divina semilla, que floreció en medio del torbellino, para refundirla y renovarla. Todo lo cristiano es hermoso y vivificador. Cuanto la sociedad moderna entraña de agresivo para los elementos vitales, que congrega, es reliquia romana ó huella del sentimiento de los bárbaros. La ingenua y absoluta radicación del principio cristiano en el fondo mismo de la sociabilidad, era un programa que tendía á realizar el bello ideal de la fraternidad humana, á la cual no se llega seguramente, encancerando con el tormento el alma de una raza, sujeta pero no incorporada al cuadro de la civilización, que quebrantaba la lógica de sus dogmas primordiales.—La ignorante conciencia del indio no se daba cuenta del genio de su desgracia. La experimentaba, no obstante, como el enfermo, que sin clasificar su

enfermedad, siente sus progresos con la infalibilidad del dolor. Como decía en otra de mis conferencias: la sociedad colonial era la disociación de dos elementos, que se repelían. Un abuso de fuerza de la civilización, sometía al elemento indígena, soberano de su suelo, de su trabajo, de su libertad y aun de la organización de la libertad, por cuanto formaba la inmensa mayoría del pueblo. No mediaba entre ambos lazo alguno seguro, vivo y amable: la sociedad carecía de cimiento: reposaba en premisas artificiales y engañosas, reuniendo al pueblo que gemía inquieto y sin convicciones definidas, en derredor de un núcleo, cuya organización consuetudinaria, no tenía potencia iniciadora para fundar una nacionalidad regular. Sólo el cristianismo podía transformar la suerte de las colonias, y el éxito de su propagación parangonado con el de la conquista armada, halló el alma de Hernando Arias, cuando envuelto en los desastres de frecuentes derrotas, llegó á persuadirse que la espada hiere á la vez el cuerpo y el alma de las generaciones injustamente vulneradas y oprimidas.

El proyecto de la conquista espiritual, cuyo giro y consecuencias, me ocuparán en mi séptima conferencia, dominó desde entonces el alma de aquel hombre extraordinario por la honradez de su conciencia y la honestidad de su pensamiento.—Saavedra cerró el cuartel de sus soldados y abrió el colegio de los misioneros; la cruz reemplazó á la espada, y la pa-



labra benévola de amor y de verdad, al grito destemplado del guerrero, que destrozaba el corazón del padre, para ahogar en su sangre el derecho y la dignidad de sus hijos.—Esta transición histórica fué la cuna de las únicas sociedades espontáneas y durables de indígenas cultos, que hayan dejado huella en los anales argentinos. El sistema abrogado entonces, sólo produjo el exterminio de razas enteras, ó la incorporación á la sociedad española de grupos aislados, que venían á formar en ella la casta de los desheredados. Al entrar la conquista en esta vía, la deformidad del servicio personal, se revelaba bajo un aspecto horrible, y llamo vuestra atención sobre el grande acontecimiento de que paso á ocuparme.

Las ordenanzas de Irala habían sido brutalmente corrompidas en la práctica, y desde su muerte hasta los primeros años del siglo XVII los indios fueron víctimas de todo linaje de maldades. Asaltados á traición, diezmados con barbarie, amedrentados con el terror, no tenían refugio de que cobijarse, ni sueño tranquilo ni día pacífico. Los vencidos como los que se sometían espontáneamente morían extenuados en las minas, escaseábaseles el alimento y el reposo... negábaseles la luz de la educación... Azotados, muertos por el hambre, por la fatiga, por el capricho del amo... no! jamás la criatura humana pasó en los pueblos más refinadamente crueles por tormentos tan bárbaros que darían envidia á la lujosa ferocidad de los

tártaros. Tan horrenda corrupción alteró las condiciones de la guerra en el Plata, pues no debemos olvidar, que los primeros viajeros españoles del siglo XVI fueron recibidos en paz y admiración y hallaron hospitalidad entre los salvajes, que se pasmaban delante de aquellos seres superiores, hijos de otros mundos y de otros dioses.—La violencia, el despojo, la perversa persecución, sublevaron su espíritu en defensa de su tierra. Pero al comenzar el siglo siguiente, la barbarie moral de los encomendados, les hería en lo íntimo de la personalidad, y entonces olvidaron que tenían una libertad que defender para recordar solo que tenían un enemigo á quien odiar, una civilización cruel que perseguir y una venganza atroz con que cebar la cólera que los ahogaba.—Esta verdad penetró gradualmente en el ánimo de la monarquía, y de ahí, la visible esterilidad de la esclavitud como fundamento de la conquista, la protección y benevolencia de las leyes españolas hacia los indios, al pasó que sancionaban el martirio de los negros, inconsecuencia en que había incurrido el santo obispo Las Casas, queriendo convertir la tiranía como una maldición de la suerte aciaga sobre la enervada cabeza del africano, á fin de salvar la libertad del indígena en América. Por otra parte, si la colonización se hubiera arraigado á favor de la fuerza ciega, y los encomendados hubieran adquirido un poder siempre creciente, fácil habría sido que se levantara un señorío tan fuerte, tan embravecido como el de